

EL TLC Y LOS SERVICIOS DE APOYO A LA PRODUCCIÓN

## **El TLC y algunas desventajas estructurales de México**

**Arturo Bonilla Sánchez\***

De un tiempo para acá se ha puesto en boga en México la peregrina idea de que sólo se saldrá del subdesarrollo en la medida en que nos incorporemos a Estados Unidos. Entre prominentes hombres de negocios mexicanos y entre no pocos importantes funcionarios gubernamentales se habla incluso de que con el Tratado de Libre Comercio (TLC), México dejará de ser un país atrasado, tercermundista y que pronto pasará a formar parte del Primer Mundo. Nada más lejos de lo que seguramente ocurrirá, puesto que por más grotesca publicidad que produzca el Consejo Nacional de la Publicidad, no hay argumento más poderoso que pueda ser derribado y que surge de la realidad: las diferencias tan enormes de capacidad productiva existentes sobre todo entre Estados Unidos y México.

En efecto, la brecha histórica en capacidad productiva entre Estados Unidos y México no se puede superar de la noche a la mañana como lo supone la publicidad oficial a base de mero voluntarismo. Tómese en cuenta que el atraso y subdesarrollo no se pueden eliminar en el curso de unos cuantos años como lo suponen los partidarios del TLC, quienes quieren lanzar a la planta pro-

\* Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

ductiva del país, forjada en décadas de esfuerzo, a la competencia nada menos ni nada más que contra la primera potencia del mundo. Para ejemplificar, si al PIB de Estados Unidos se le da un 100%, el PIB de México con dificultades alcanza apenas el 4% en relación con el de ese país. Es decir, la economía estadounidense es 25 veces mayor a la de México.

Esta comparación es sólo en términos cuantitativos, pero en realidad las diferencias son aún mayores si tomamos en cuenta el grado tan vasto de complejidad de una estructura económica como la de Estados Unidos pese a sus enormes y cada vez mayores problemas y la relativamente mucho menos compleja como la de México. La economía de Estados Unidos sigue siendo la más poderosa del mundo. Esa es la cruda realidad y frente a la cual se hace caso omiso por parte de quienes tienen la más alta responsabilidad de gobernar en México. Se nos quiere convencer de que la planta productiva nacional puede “conquistar” el mayor mercado del mundo simplemente porque somos sus vecinos, se olvida decir que también es el mercado más competido del mundo.

Pero no solo eso, aún entre Canadá y México existen fuertes diferencias aunque no sean tan grandes como frente a Estados Unidos. El PIB de Canadá es 100% superior al de México, con la ventaja para Canadá que produce ese monto teniendo solo un tercio de la población de México.

No sería improbable, entonces, que México entrara al Primer Mundo pero como *American Under Class* (clase pobre de Estados Unidos), la cual está creciendo en el propio Estados Unidos, pues como se dice en la revista *Items* del Social Research Council de Nueva York “hay una creencia muy generalizada de que la clase urbana pobre de Estados Unidos es grande y de rápido incremento proporcional de la población, que el crimen, embarazos de adolescentes y la deserción de estudiantes de las escuelas secundarias están aumentando y que crece verticalmente el número de personas enlistadas que requieren de asistencia social” (véase el número 2-3/junio-septiembre de 1991).

Si todavía nos queda duda, no sería difícil que entráramos al Primer Mundo pero como los indígenas estadounidenses que viven en sus reservaciones, y forman parte de la potencia más colosal del mundo, quienes, desde la colonización inglesa sólo han sufrido un largo proceso de eliminación física, marginación, discriminación y empobrecimiento perenne. A los mexicanos tal vez,

salvo a un pequeño segmento social, lo mismo nos ocurriría pero en nuestro propio país.

Los círculos dominantes de Estados Unidos —sobre todo los financieros— son los que han promovido y presionado al Gobierno de México para que éste tome la iniciativa de formar parte de una comunidad económica en la que Estados Unidos jugaría el papel hegemónico. Por cierto, que sería una comunidad económica parcialmente trunca en la medida en que nuestros neoliberales y los del otro lado de la frontera, si bien son acérrimos partidarios del libre movimiento de mercancías y del libre tránsito de capitales, no lo son en cuanto al libre movimiento de la mano de obra. Por artes del birbiriloque le dan una vuelta a sus planteamientos teóricos y se da el caso penoso que teniendo México una abundante mano de obra que no encuentra trabajo, los negociadores mexicanos hayan aceptado el planteo estadounidense de no meter en el TLC el libre movimiento de la fuerza de trabajo.

En este punto trascendental el Gobierno de México cedió y se apegó al punto de vista estadounidense totalmente proteccionista. Los negociadores de Estados Unidos temen y no les falta razón, de que el libre movimiento de la fuerza de trabajo entre Estados Unidos y México facilitaría una emigración forzosamente retenida en nuestro país, pero que desearía irse a trabajar a Estados Unidos en una magnitud difícilmente calculable, pero que podría frisar entre 10 y 15 millones de mexicanos, si no es que más. Ello por supuesto contraería los niveles de salarios en el interior de la propia economía de Estados Unidos. Y eso es lo que ellos no quieren. Más bien desean que México permanezca como una gigantesca reserva de mano de obra barata de la cual echar mano para facilitar la competencia entre Estados Unidos y sus principales rivales comerciales como lo son Alemania y Japón, potencias que a su vez capitanean a la Comunidad Económica Europea y a la Cuenca del Pacífico respectivamente.

En efecto, desde 1971 en adelante Estados Unidos ha tenido un déficit de comercio externo que se ha venido acrecentando en la medida en que Estados Unidos ha perdido relativamente capacidad competitiva frente a las grandes firmas europeas principalmente alemanas y no se diga frente a las japonesas. Esa es una de las razones de fondo por la cual Estados Unidos trata de disminuir su déficit comercial vendiendo sus mercaderías a diversas partes del mundo entre ellas México y América Latina.

Esto quiere decir que Estados Unidos tratará de resolver su déficit de comercio exterior inundando todavía más a nuestro país con mercancías estadounidenses, con lo cual la posibilidad de afectar negativamente y en mayor grado a la planta industrial de México será mayor.

Como se recordará desde mediados de 1986 México quedó incorporado al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), de ese entonces a la fecha se fue acrecentando poco a poco el ritmo de las importaciones mexicanas a un ritmo tan fuerte que no pudieron compensar las exportaciones de mercaderías elaboradas en el país, no obstante que ha habido un crecimiento vigoroso de las exportaciones no petroleras (hechas por cierto por el capital extranjero invertido especialmente en la industria automotriz y no por el capital nacional). El resultado está a la vista: el déficit de comercio exterior ha ido en aumento hasta el punto en que si no se devalúa el peso mexicano es por la fuerte entrada de capital extranjero. Es decir, la estabilidad financiera y monetaria del país entero descansa en la voluntad de los inversionistas extranjeros de invertir en México.

En otras palabras, véase hasta qué punto de vulnerabilidad se encuentra la economía del país en su conjunto, lo que por el momento no se nota por la euforia que se ha desatado entre los grandes inversionistas nacionales y extranjeros así como entre los funcionarios mexicanos quienes se han visto beneficiados con las medidas de política económica. Pero si se le quiere echar una mosca a la leche, hay que recordar que en 1978-1981 banqueros extranjeros, inversionistas nacionales y funcionarios públicos, también cayeron en la euforia del auge petrolero: supusieron que México estaba en un enorme lago de petróleo, que los precios del petróleo irían al alza *ad infinitum*, que México era estable y que por lo mismo garantizaba todos los préstamos externos que se le pudieran ofrecer. Resultado: nos endeudamos hasta el cuello y hoy a 10 años de distancia seguimos padeciendo los feos efectos de la borrachera petrolera.

Otro problema de no menor magnitud, es la privatización que está sufriendo la banca estatizada en 1982. La privatización de la banca en México de hecho contribuye a dos cosas: primeramente a facilitar la próxima trasnacionalización del sistema financiero mexicano, ya sea mediante la compra de los bancos privados por los poderosos bancos de Estados Unidos, ante la imposibilidad estruc-

tural de poder competir con ellos, o bien mediante la entrada irrestricta de subsidiarias de los bancos internacionales, principalmente de Estados Unidos.

A este respecto, el banquero Carlos Abedrop señala: “debe tenerse conciencia de lo raquítico de nuestros bancos, vistos desde el exterior: los activos totales del sistema bancario mexicano son del orden de los 90 mil millones de dólares. Uno solo de los 25 bancos más grandes del mundo tiene de dos a cinco veces el tamaño de todos los nuestros” (véase revista *Proceso* núm. 778 del 30 de septiembre de 1991).

En segundo lugar, se podría trasnacionalizar mucho más de lo que hoy día ocurre el capital líquido generado en México, pues si bien teóricamente es posible que ocurra un fenómeno contrario, esto es, que del exterior entre irrestrictamente capital líquido, en la realidad México pierde la capacidad de influir seriamente respecto al uso y destino de esa parte del ahorro social.

Con la posible trasnacionalización el capital líquido mexicano entraría más en esa loca vorágine de especulación internacional que crecientemente domina el escenario financiero mundial y que como tumor infeccioso daña los circuitos del capital financiero y cuyos efectos serán probablemente de consecuencias catastróficas para todo el mundo. Los “cracs” de 1987 y 1989 serán pálido reflejo de lo que puede ocurrir.

Pero mientras ello no ocurra, Estados Unidos requiere, como ya se ha mencionado, de masas gigantescas de capital líquido provenientes de cualquier parte del mundo que requieren para financiar y fortalecer su propio sistema financiero que está siendo afectado por la crisis y la creciente competencia de la banca japonesa y europea.

No es casual, por lo mismo, que en las negociaciones sobre los servicios en el TLC, se nos reveló un endurecimiento de la posición estadounidense tal y como lo advierte la colega e investigadora del IIEC Irma Manrique “los peligros de una ‘fractura’ en el mercado financiero norteamericano son cada vez mayores y por supuesto el afán de este país por lograr de México el . . . ‘trato nacional’ y ‘derecho de establecimiento’ es . . . cada vez mayor”. Véase su comentario en este mismo número “Tercera Reunión Ministerial del TLC: los Servicios Financieros”.

En tanto que los financistas estadounidenses ven muy difícil que en la competencia sus bancos puedan desplazar a los bancos

Europeos y sobre todo japoneses, saben perfectamente que la banca mexicana es un sabroso bocadillo fácil de comer. Por eso es que en las negociaciones sobre el TLC, Carla Hills, principal negociadora por la parte estadounidense, insiste y presiona para que en el TLC se incluya el renglón de los servicios que abarca a los financieros. En consecuencia, cabe pensar en lo absurdo, consistente en que un país pobre como México, contribuya a fortalecer y a financiar parcialmente al vecino del norte.

Ciertamente esto es absurdo, pero históricamente así ha sido en la realidad. No hay que olvidar, por ejemplo, que en los últimos 12 años, de México se han fugado capitales de mexicanos pudientes hacia la banca de Estados Unidos en una magnitud de gran consideración, cuyo monto no se sabe con precisión pero cuyas estimaciones frisan entre los 35 mil y los 80 mil millones de dólares. Por supuesto, en estas estimaciones aquí no se incluyen las erogaciones que anualmente se hacen por el servicio de la deuda externa y que han fluctuado en el orden de los nueve mil a 12 mil millones de dólares en el curso de los últimos 12 años, ni tampoco las remisiones de utilidades que suelen hacer permanentemente las subsidiarias en México de las empresas transnacionales.

En este breve comentario no se puede eludir otro señalamiento que sin duda contribuirá a romper las ilusiones respecto al TLC.

En tanto que la economía estadounidense ha estado creciendo durante los años ochenta, a pesar de sus problemas, la economía mexicana ha padecido una de las más severas contracciones económicas que no se ha visto desde la semidestrucción que se causó por los efectos de la Revolución de 1910.

En consecuencia, no sólo están presentes los signos ominosos del subdesarrollo de la economía nacional de vieja y nueva data histórica, sino que aunado a ello hay que agregar el estado anémico que guarda el aparato productivo mexicano a consecuencia de una prolongada crisis, sujeta además, a programas de ajuste solo parcial y pálidamente parecidos a la severidad económica impuesta al país como consecuencia de su participación en la Segunda Guerra Mundial.

Por ello es muy difícil que, en condiciones de debilitamiento económico, México pueda resistir la competencia abierta a la que se le quiere sujetar con el TLC. Ojalá y nos equivoquemos, pues no deseamos lo peor para nuestro país, solo el tiempo dirá quién tuvo razón.